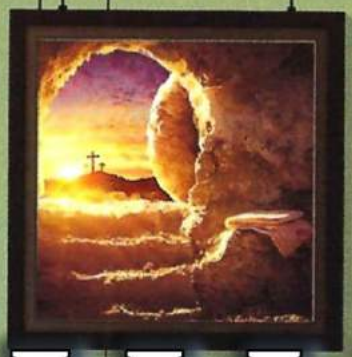
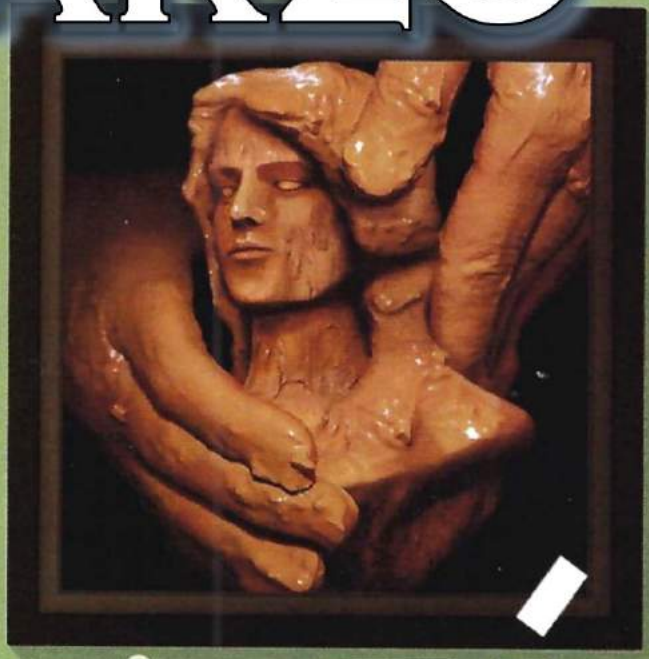
ROBERTO HERRERA



MARZO



LECTURAS DEVOCIONALES PARA ADULTOS

ASÍ ES DIOS

RETRATOS DE LA GRACIA Y EL AMOR DIVINOS

https://vidakristiana.blogspot.com/

Dios escoge a sus hijos en Cristo

«Nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuéramos santos y sin mancha delante de él» (Efesios 1: 4).

El amor de Dios por nosotros no es un plan de emergencia ni una reacción tardía tras el pecado. Al contrario: su amor es desde antes de que llegáramos a la existencia. Ese amor no tiene que ver con sentimientos fluctuantes; no fue algo que Dios sintió después de habernos creado. Nosotros no hemos originado el amor de Dios, sino que ya existía desde antes de nuestro origen. Somos tan solo aquellos en quienes ese amor se ha manifestado.

Fue ese amor autónomo y eterno lo que hizo que Dios decretara, antes de la fundación del mundo, que todas las personas que aceptáramos a Cristo como nuestro Salvador personal pasáramos a ser parte de sus escogidos para una vida de santidad. La Biblia no está diciendo aquí que Dios escoge a quienes, de entre los seres humanos, van a llegar a creer en Cristo, sino que a todos los que creen en Cristo él los escoge. Bíblicamente hablando, un escogido es toda persona que cree en Cristo. Al tomar la decisión de creer en el Hijo, el Padre nos da el privilegio de ser santos y vivir sin mancha. ¿Cómo ocurre esto? De la misma manera que ocurre la escogencia, es decir, en Cristo.

Un santo es alguien que le ha entregado el control de su vida a Cristo; y ahora, habiendo renunciado al mundo y a sus caminos, se dedica a cumplir la voluntad de Aquel a quien se entregó. Pase lo que pase en la vida de esa persona, debido a que vive en santidad, Dios se encargará de obrar en ella mediante su Espíritu, para darle la victoria, «pues ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu» (Romanos 8: 1).

La Biblia no dice que los santos, los escogidos, seamos personas perfectas, que no cometen errores ni pecan; eso no existe ni existirá en este mundo de pecado. El énfasis que nos presenta este retrato de Dios es que nuestra parte consiste en asegurarnos de estar en Cristo, de permanecer en él; gracias a eso somos escogidos, santos; ahora es Cristo quien se encarga de presentarnos sin mancha delante de Dios.

«Mira cuál amor nos ha dado el Padre» (1 Juan 3: 1). Yo no necesito más, ¿y tú?

El Dios que se ofrece para ser nuestro Padre

«Por su amor, nos predestinó para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad» (Efesios 1: 5).

Una de las bendiciones más generosas de Dios es haber tomado la decisión de adoptar como hijos suyos a todos los que pongan su fe en Cristo. No es que Dios haya mirado a todos los seres humanos y haya dicho: «A este y a aquella, los escojo para que sean adoptados como mis hijos». ¡No! Lo que él hizo fue asegurarnos que, a todo aquel que va a Cristo, se le dará el estatus de hijo adoptivo. ¿Has tomado ya la decisión de ir a Cristo?

Pablo se toma el tiempo de explicarnos que este es un acto soberano de Dios, motivado libre y exclusivamente por su amor, por «el puro afecto de su voluntad». No es por azar; no es por algo extraordinario que nosotros hubiéramos hecho y que le hiciera sentir el deseo de tener hijos así; tampoco se trata de que Dios se sintiera solo y quisiera tener hijos para paliar su soledad; ni de que algo triste le hiciera sentir pena por nosotros, y por eso decidiera llevar a cabo un acto de caridad. Si así hubiera sido, la adopción sería para unos pocos, mientras que muchísimos otros quedarían fuera del beneficio divino de manera arbitraria. Dios «quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad» (1 Timoteo 2: 4).

El despliegue del amor de Dios para con el ser humano es la manifestación más evidente de su gracia. Ahora, tú puedes tener la certeza de que, si crees en Cristo, si te entregas a él y lo amas de tal modo que desees servirle, Dios te dará la posición y los privilegios de ser adoptado por él. Eso significa que te tratará como a un hijo, dándote el amor y la seguridad del afecto paterno para que crezcas y llegues a ser una persona madura y equilibrada. Significa que compartirá contigo todas sus cosas, pues los hijos adoptivos también son legítimos herederos de sus padres. No se trata de pasarte la mano por la cabeza y decirte: «Yo te quiero como a un hijo»; se trata del acto legal y formal de ir ante el juez, firmar los papeles necesarios y salir directo a casa para vivir para siempre como un verdadero hijo.

Cuando leo este texto doy gloria a Dios, porque no veo a un Dios que esté afanado por tener hijos como nosotros; lo que veo es a un Dios afanado porque todos nosotros tengamos un Padre como él.

https://vidakristiana.blogspot.com/

El Dios que nos cuenta su plan

«Él nos dio a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo, de reunir todas las cosas en Cristo, en el cumplimiento de los tiempos establecidos, así las que están en los cielos como las que están en la tierra» (Efesios 1: 9-10).

¡Dios tiene un plan! El apóstol Pablo nos dice que fue un placer para Dios darnos a conocer el misterio de su voluntad. Que conste que Dios no estaba consultando ese plan con nosotros para ver si nos parecía bien o si queríamos hacerle algún «arreglo». Pablo nos hace saber que tenemos el inmenso privilegio de asomarnos a descubrir el maravilloso plan de la redención que Dios ha creado para nosotros, y que se trata de un misterio que, de no ser por su voluntad de revelárnoslo, permanecería oculto.

El plan de Dios consiste en que ha establecido unos plazos y, cumplidos estos, reunirá en Cristo todas las cosas que ha creado. Todas las cosas, las que están arriba en los cielos y abajo en la tierra, serán puestas por Dios bajo el control de Cristo. Todas las cosas: la vida, el mundo, la fe, el amor, la esperanza, los ángeles, la creación, la salvación, la iglesia, la unidad, la salud, el perdón, el crecimiento espiritual, la santificación, la justificación, la glorificación, el cielo, la tierra, la corona de la vida... Todo lo que nos ofrece Dios a los seres humanos se puede encontrar exclusivamente en Cristo.

Si quieres conseguir algo de Dios, debes buscarlo en Cristo; si quieres saber cómo es Dios, llegar a conocerlo y a amarlo, tendrás que hacerlo en relación con Cristo. Nada se puede hacer fuera de Cristo. Todo lo que se diga sin Cristo sobra, está de más, no lo necesitamos; todo lo que nos distraiga de Cristo hace daño, no es bueno para nosotros. El mismo Jesús, que era conocedor del plan de redención, afirmó que, separados de él, nada podemos hacer (ver Juan 15: 5).

¿Por qué crees que Dios nos dio a conocer el misterio de la redención? Yo creo que es porque quiere que sepamos dónde debemos poner nuestra vista y nuestros intereses; dónde debemos invertir nuestro tiempo y nuestra vida. Cristo es dueño de todo y de todos, el Padre lo estableció así y, en su amor, nos hizo saber ese misterio de su voluntad para que vivamos a la altura de esa luz. La pregunta que te hago es: ¿estás viviendo a la altura de semejante revelación del amor de Dios?

El Dios de la herencia

«En él asimismo tuvimos herencia,
habiendo sido predestinados conforme al propósito
del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad»
(Efesios 1: 11).

En el momento en que Dios predestinó a quienes creemos en Cristo para que fuéramos sus hijos adoptivos (ver Efesios 1: 5), también nos estaba predestinando a una herencia, y eso es lo que Pablo está anunciando y reconociendo en el pasaje de hoy. Al concedernos esa herencia en Cristo, Dios actúa como un padre responsable y bueno, que provee para sus hijos bienestar y seguridad. La condición de hijos adoptivos no es simbólica o de carácter honorífico, sino que tenemos la garantía de que somos hechos hijos suyos, herederos de todo lo bueno que hay en Dios. Este es un retrato hermoso de la misericordia de nuestro Padre celestial.

Con respecto a la «herencia», no debemos pasar por alto que, como todas las demás bendiciones, es algo que tenemos en Cristo. No es una herencia que nos pertenece por derecho o por nacimiento, sino que se trata de un regalo, de un trato muy especial que Dios nos da al incluirnos como beneficiarios de lo que le corresponde a Cristo, quien es el verdadero Hijo, el verdadero heredero, el verdadero dueño. La herencia no es nuestra en el sentido de que es algo propio; la herencia es de Cristo y nosotros la recibimos por estar en él. Tan importante como es la herencia, es también la condición para disfrutarla, a saber, estar en Cristo.

Al igual que todas las demás bendiciones que nos son presentadas en Efesios 1: 3-14, la herencia también es de carácter espiritual. No debemos interpretar que heredaremos algo relacionado con nuestros propios deseos. Dios no nos está preguntando qué deseamos heredar, sino que la herencia ya fue predestinada por él, conforme al designio de su voluntad. La herencia es de carácter espiritual, y gracias a Dios por ello, pues solo el Padre puede saber lo que realmente necesitamos sus hijos.

El pasaje usa el tiempo verbal pasado, «tuvimos», lo cual nos hace ver que esta herencia no es algo que está reservado para el futuro. Aun cuando no lo creamos, no lo sintamos o no lo entendamos, ya estamos disfrutando de nuestra herencia hoy. ¡En Cristo ya hemos heredado! Se trata de un hecho consumado que no depende de nada que nosotros hagamos o pensemos.

No hay nada incompleto en Cristo. La herencia es un hecho. Podemos estar seguros de nuestra salvación ahora mismo. ¡Nuestra herencia es Cristo y nada puede quitárnosla!

El Dios que dirige su iglesia

«Sometió todas las cosas debajo de sus pies,
y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia,
la cual es su cuerpo» (Efesios 1: 22-23).

Desde la cárcel en Roma, Pablo no cesaba de orar para que Dios diera a los creyentes la sabiduría y las revelaciones necesarias para que pudieran entender el ilimitado poder divino. Él sabía que, si alguno de nosotros tiene falta de sabiduría, pidiéndola a Dios nos será dada (ver Santiago 1: 5). Y cuánto la necesitamos, pues solo con sabiduría de lo alto podemos llegar a entender que Dios utiliza su poder para beneficio de sus hijos, de lo cual nos dio una muestra al resucitar a Cristo de los muertos. Ahora, ya todas las cosas están sujetas a Cristo, y aunque esto no es reconocido en todo el universo, tanto en el cielo como en la iglesia Cristo es declarado y proclamado como Señor y Rey.

Una de las revelaciones que Pablo hace en su oración es el hecho de que Dios nos ha dado a Cristo como cabeza de la iglesia. Ese es el lugar que le corresponde al Hijo dentro del plan de redención, y esa es la relevancia que el Padre le concede a la iglesia para la salvación del ser humano. La iglesia es, nada más y nada menos, que el cuerpo de Cristo; por tanto, es prerrogativa de Cristo dirigirla, lo cual incluye proveer la visión, la misión, las estrategias, la victoria, los recursos y todo lo que la iglesia necesita. Cualquier intento de buscar estas cosas fuera de Cristo traerá derrota y ruina espiritual a su iglesia.

Siendo que Cristo es la cabeza de la iglesia, entonces la iglesia está plena en Cristo; gracias a Cristo, a la iglesia no le falta nada. Esta realidad nos lleva a entender que, de alguna manera, la iglesia está llamada a ser una muestra de lo que será este mundo cuando Cristo sea proclamado rey, no solo de la iglesia, sino de todo el universo.

Tal y como Pablo indica, si Dios nos da sabiduría respecto a este misterio que él nos ha revelado a través de su Palabra, podremos entender mucho más y mejor la esperanza que tenemos en Cristo, la herencia que nos aguarda, el poder que Dios ha desplegado para hacer posible esto, y el privilegio que tenemos de ser el cuerpo de Aquel que todo lo llena, para desplegar delante de todos su poder, señorío y autoridad. ¿Qué te parece si hoy hacemos una oración similar a la de Pablo? *Querido Padre, danos sabiduría para conocerte cada día más y mejor. Amén.*

Un Dios perfecto

«El camino de Dios es perfecto;
la promesa del Señor es digna de confianza»
(Salmo 18: 30, DHH).

El Salmo 18 es un canto de agradecimiento a Dios por la victoria que le concedió al salmista en un momento difícil de su vida. Al leerlo, podemos nosotros hoy vivir por anticipado la certeza de que Dios nos dará victorias en los momentos difíciles de nuestro caminar cristiano; victorias para vida eterna que generan en nuestro interior hermosos cantos de agradecimiento.

«El camino de Dios es perfecto», dice David. «Sus obras son perfectas», leemos en Deuteronomio 32: 4. Y el mismo Jesús afirma: «Vuestro Padre celestial es perfecto» (Mateo 5: 48). Piensa en ello por un momento. Todo lo que Dios hace es perfecto. No es que a Dios le salen las cosas bien; no es que acierta la mayoría de las veces; es que la definición de «perfecto» es «todo lo que Dios hace». Aun cuando no podamos comprender por qué suceden ciertas cosas, hemos de confiar en que el camino de Dios es perfecto y su promesa digna de confianza.

Vivimos en una constante búsqueda de lo seguro, de algo o alguien en quien podamos confiar a ojos cerrados; pues bien, ese alguien es Dios. Sin embargo, cuán a menudo nos falta esa inclinación a buscarlo y a hacer como él diga. Probablemente se debe a que no podemos entender cómo es que Dios es perfecto. Quisiéramos que él mismo nos explicara cómo es que dice u ordena, y todo sale a la perfección. En este punto, como en todos los demás aspectos de la vida cristiana, es por fe que aceptamos, creemos y avanzamos. Porque, «¿quién conoce la mente del Señor?» (Romanos 11: 34, DHH).

Una clave para que lleguemos a aceptar plenamente la perfección de Dios y para que vivamos convencidos de ella es hacer la prueba de la Palabra. Esto consiste en tomar todo lo que Dios ha dicho en su Palabra y comprobar si se ha cumplido. El propio salmista testificó que la Palabra es acrisolada; es decir, que ha sido sometida al horno, al crisol, y ha salido de él sin perder su esencia. Entonces, y mientras no se demuestre lo contrario, debemos aceptar que Dios es perfecto y someternos por completo a su dirección.

Cuando probemos al Señor, comprobaremos día a día que su camino es perfecto, que su Palabra soporta toda prueba, y que nunca somos más sabios que cuando con humildad aceptamos su señorío en nuestra vida. Porque su voluntad es buena, agradable y perfecta (ver Romanos 12: 2).

Un Dios santo

«Pero tú eres santo»
(Salmo 22: 3).

Estamos acostumbrados a definir la palabra «santo» como algo o alguien apartado para un uso sagrado. Así, hablamos de los «lugares santos», del «día santo» o del «pueblo santo» del Señor. Y está muy bien, todo eso es correcto. Pero cuando se trata de aplicar la palabra «santo» a Dios, debe haber algo más, porque Dios no es apartado ni usado por nadie. Su santidad tiene que ver con su esencia, que es completamente distinta a la esencia del ser humano.

La santidad de Dios nos recuerda que él no es como nosotros en ningún sentido. De su forma de ser, de pensar y de actuar, lo más adecuado que podemos decir es que él es santo. Pero decir esto no significa siquiera que lo entendamos, sino precisamente que no lo entendemos, porque él es único, distinto, perfecto, inabarcable para nuestra mente finita. Sería un error tratar de entender a Dios a partir de nuestra forma limitada de pensar y de ver las cosas, o juzgarlo de acuerdo con nuestras expectativas y con las realidades de un mundo caído.

Cuando David expresó esta gran verdad de la santidad de Dios, no estaba precisamente pasando por un buen momento. ¿Te has fijado en la palabra «pero» al inicio del versículo? «*Pero* tú eres santo». Es decir: David no entendía cómo, siendo Dios santo, él estaba pasando por una prueba tan dura. David tenía algunas ideas sobre la forma en que Dios debía actuar, y le parecía que no estaba precisamente siguiendo esas ideas. Por eso quería una explicación de parte de Dios. ¿Estás pasando tú por uno de esos momentos en que quisieras una explicación? Al igual que David, ¿sientes tú también que Dios está lejos cuando más cerca lo necesitas? Si ese es el caso recuerda que, aunque no cambie tu situación de inmediato, sí puede cambiar tu forma de pensar con relación a Dios. Aun en medio del dolor, nosotros, como David, podemos recordar que Dios es santo. Dios fue probado en el pasado por nuestros padres, y por eso hoy podemos confiar en que sabe lo que hace, y mantenerlo siempre en nuestra alabanza sean cuales sean las circunstancias.

Al salmista le pareció que, en medio de la prueba, lo mejor era dejar que Dios fuera Dios, y no intentar explicar humanamente lo que hace un Ser que, por su santidad, está más allá de nuestro entendimiento. ¿Qué te parece aplicar esta actitud a tu vida?

«¡Santo, santo, santo es el Señor!» (Apocalipsis 4: 8).

Dios: nuestro fiel pastor

«El Señor es mi pastor, nada me falta» (Salmo 23: 1, DHH).

Las palabras del texto de hoy introducen el Salmo favorito de millones de creyentes alrededor del mundo. Está sin duda entre las porciones bíblicas más memorizadas, y hasta conozco personas que sienten algo especial con tan solo tener una Biblia abierta en el Salmo 23 en algún rincón de su casa. Aun cuando buena parte de esas personas ni siquiera han visto en su vida a un pastor de ovejas haciendo su trabajo, les resulta fácil identificarse con este retrato de Dios. Es una metáfora perfecta de la relación del Señor con nosotros, sus hijos, y se nos presenta en la Biblia desde el mismo Génesis, donde leemos que Israel dijo: «El Dios que me pastorea desde que nací hasta el día de hoy» (48: 15, RV15).

Si hay un animalito noble y dependiente es la oveja. Para ella, el pastor lo significa todo: alimento, agua, dirección, protección, descanso, sanidad, abrigo... Una oveja sin pastor es sinónimo de estar perdido, en peligro de muerte e incapaz de regresar por sí sola al redil de la seguridad. Es cuando reparamos en todo lo que esta metáfora implica, que la imagen de Dios como nuestro Pastor nos llega a ser tan amada. Ahora bien, aceptar que Dios es nuestro pastor conlleva reconocer que somos sus ovejas, es decir, dependientes de él. Es extraño, pero, aunque nos gusta sentir que Dios es nuestro pastor, nos cuesta aceptar que somos seres dependientes, y mucho más nos cuesta permitir que sea el Pastor quien nos guíe a los pastos delicados y a las aguas de reposo que se encuentran en la senda de la justicia. ¿Tienes ya la convicción profunda de que necesitas al Pastor? Si no es así, tal vez es porque no has entendido aún cómo acechan los lobos.

Evidentemente, no todos los pastores son buenos y verdaderos pastores. Algunos hacen el trabajo solo por el salario, pero sin estar dispuestos a darles a sus ovejas todo el cuidado y el amor que necesitan. Sin embargo, en el caso de Dios, el salmista nos dice algo que está expresado en términos absolutos: «¡Nada nos falta!». Piensa en todas las necesidades básicas que tienes (necesidades reales, no necesidades creadas por la publicidad o el consumismo), y verás cómo el buen Pastor las suple todas diariamente.

Te propongo hacer un ejercicio. Lee el Salmo 23 en tu Biblia. Después, a la lista presentada en el Salmo de beneficios que recibimos del Pastor, añádele los beneficios que tú has recibido de él. ¿Ves? El Señor es tu pastor.

Dios: el único dueño

«Del Señor es el mundo entero, con todo lo que en él hay, con todo lo que en él vive» (Salmo 24: 1, DHH).

En el retrato de Dios que contiene el Salmo 24 se nos enseña una verdad contundente: Dios es el dueño de todo lo que existe. De labios del mismo David oímos también que «todas las cosas que están en los cielos y en la tierra son tuyas», es decir, de Dios (1 Crónicas 29: 11). Esta es una verdad que todo creyente debe aceptar para vivir en forma sabia y relacionarse bien con Dios. De hecho, en la oración que Jesús nos dejó como modelo, nos invita a orar diciendo: «Porque tuyo es el Reino, el poder y la gloria» (Mateo 6: 13).

Dios no necesita nuestro permiso para ser el dueño de todo lo que existe. Se trata de un derecho que adquirió el mismo día que creó este mundo con su poderosa palabra, y al hombre y a la mujer con sus propias manos. Él es el único dueño de todas las cosas. Si reclamamos derechos de propiedad sobre alguna cosa creada estaremos tratando de usurpar el lugar de Dios. Comportarnos como si fuéramos dueños es una actitud espiritualmente destructiva.

Lo sé, esto es más fácil de escribir que de creer y llevar a la práctica, porque me cuesta aceptar la idea de que mi casa no es mía; mi dinero y mi cuerpo no me pertenecen... ¿Y cómo es eso de que mi cónyuge no es mío ni mis hijos tampoco? Ciertamente nos sentimos dueños de cosas y personas... Pero, aunque nos cueste admitirlo, esta es la verdad: Dios es el dueño de todo; nosotros no somos dueños de nada.

Que podamos adquirir y disfrutar algunas cosas no nos da el derecho de propiedad. La luz del sol, la familia, nuestro cuerpo, están a nuestra disposición para que los disfrutemos con principios sanos, para que los cuidemos y los compartamos, pero no nos pertenecen. Si fuéramos dueños de nuestro propio cuerpo le ordenaríamos que parara de envejecer y nos obedecería. Pero es obvio que hay muchas cosas que, aunque aparentemente las «tenemos», en realidad están más allá de nuestro control.

Dios nos recuerda que él es el dueño de todo, así que no tiene sentido que vivamos obsesionados por adquirir y acumular. Un día tendremos que dar cuenta al verdadero dueño del uso que hemos hecho de las bendiciones que nos dio; mientras ese día llega, usemos cada recurso que él nos concede en una forma que le agrade y le glorifique. Cuidemos bien lo ajeno.

El Dios que por amor lo dio todo

***«En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros:
en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo para que vivamos por él»
(1 Juan 4: 9).***

Seguramente habrás oído a personas quejarse de Dios, preguntando dónde está su amor cuando ocurren calamidades, cuando muere alguien, cuando se sufre... Pero, si lo pensamos bien, veremos que es injusto acusar a Dios de falta de amor por causa de circunstancias que son resultado de la presencia y los efectos del pecado introducido por Satanás en este mundo. Por eso Juan, en el texto de hoy, nos da una maravillosa razón para dejar de dudar del amor divino: el Padre permitió que su Hijo viniera a este mundo caído.

El amor de Dios se nos muestra en Jesucristo. Si quieres tener la certeza del amor divino, más allá de toda duda, no es a los problemas que hay que mirar, es a la primera venida de Jesús. Si deseas saber cómo es el amor de Dios, contempla a Jesucristo y pregúntate qué es lo que ves en él, en su vida y en sus palabras.

¿Qué nos muestra el Hijo acerca del amor del Padre? Cuando uno mira a Jesús, dos cosas quedan muy claras:

1. *El amor de Dios no tiene límites.* ¿Qué más podría dar un padre que ya dio la vida de su único hijo? ¿Qué otro sacrificio podría ser más grande que este? ¿Qué otra cosa que tenga un padre podría valer más que la vida de un hijo? Lo primero que Jesús nos enseña acerca del amor de Dios es que no tiene límites. No hay nada que detenga ese amor o que lo disminuya. Nadie puede estar en una situación en la que el amor de Dios no pueda alcanzarlo, porque lo más grande ya se produjo: Cristo se hizo uno con nosotros.
2. *El amor de Dios nos es dado por gracia.* La venida de Cristo no fue resultado de un pedido que los seres humanos hicimos, ni de alguna diligencia o presión que ejercimos contra Dios. Fue pura iniciativa divina, de principio a fin; los seres humanos solo hemos sido los beneficiarios de tal provisión. No nos la ganamos, no la pagamos; fue un regalo, fue por gracia. Dios no estaba obligado.

A la luz de ese amor que Dios mostró al enviar a su Hijo al mundo, ¿qué haremos nosotros? ¿Dejaremos de dudar? ¿Extenderemos esa maravillosa gracia a las personas con las que nos relacionamos cada día? ¿Permitiremos que ese amor eche fuera el temor?

Dios: el autor del amor

***«En esto consiste el amor:
no en que nosotros hayamos amado a Dios,
sino en que él nos amó a nosotros y envió a su Hijo
en propiciación por nuestros pecados» (1 Juan 4: 10).***

Habiendo declarado que Dios es amor, el apóstol Juan pasa a explicar qué es eso que él llama amor. En primer lugar, enfatiza la idea de que Dios es quien origina el amor. El amor no es algo que nace en nosotros, sino en Dios. Cualquier indicio de amor en los seres humanos es una respuesta al amor que viene de Dios. Una de las diferencias entre el amor humano y el divino es que el amor humano es una respuesta, mientras que el amor de Dios es un principio activo, una esencia. El amor de Dios se origina en Dios; el amor humano también se origina en Dios.

Pero Juan no solo nos enseña que el amor se origina en Dios, sino que además es lo que nos conduce a él. Para Juan, es el amor de Dios lo que hace que las personas nos fijemos en él y sintamos el deseo de estar con él. Este amor mostrado a través de Jesús siempre será el medio para conocer a Dios y para experimentar su gracia; porque él decidió revelarse a través de la vida y el ministerio de amor de su Hijo, a quien envió. Si bien es posible llegar a conocer una denominación cristiana recibiendo información, o estando expuestos a su proselitismo, para conocer a Dios es imprescindible recibir su amor; el amor es el puente que Dios nos ha tendido para alcanzarnos.

Finalmente, Juan muestra que Dios es el modelo del verdadero amor, que es acción y no mero sentimiento. Dios nos amó y por eso envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados. Si alguien llegara a comentar que no tiene pruebas para creer que Dios sienta amor por él o ella, aquí está la prueba: ¿cómo negar que Jesús vino a este mundo y murió en la cruz del Calvario? Este es un hecho históricamente comprobable, y es lo que Juan llama «propiciación», es decir, pago de la deuda que nosotros teníamos con el Padre a causa del pecado.

Dios no ama solo de palabra, sino de hecho. De la misma manera, lo que sentimos por Dios debe tener un impacto en la forma en que vivimos para él. Viendo cómo es el amor de Dios y, de hecho, viendo que Dios es amor, ¿cómo será tu amor a los demás y a Dios? ¿Responderás hoy y cada día a ese llamado a amar?

El Dios que nos ama y nos enseña a amar

«Nosotros tenemos este mandamiento de él: "El que ama a Dios, ame también a su hermano"» (1 Juan 4: 21).

Nadie promueve más el amor que Dios. El apóstol Juan, en su primera Epístola, no solo nos dice que el Señor es el originador del amor, sino también quien lo promueve entre todas sus criaturas. Para Dios, el amor entre sus hijos es un imperativo, y por eso lo exige por vía de un mandamiento: «¿Me amas? Entonces ama a tu hermano. Son dos partes inseparables de la ecuación». El lenguaje de 1 Juan 4: 21 es claro: la prueba de que amamos a Dios es que amamos también a nuestros hermanos. ¿Son ellos dignos o merecedores de ese amor? Tal vez no. Pero igual de indignos e inmerecedores éramos nosotros del amor de Dios expresado en Cristo.

Como todos los mandamientos de Dios, este de amar a nuestro hermano también está diseñado para traer felicidad y plenitud a nuestra vida. Esta orden es un llamado a poner todo nuestro ser y nuestra voluntad en armonía con la voluntad de Dios y en sintonía con el ejemplo que él nos ha dado. Es una propuesta para que no caigamos en la trampa de jugar a la religión que solo habla bien de Dios a la par que no da una importancia crucial al prójimo, que es nuestro hermano, hijo del mismo Dios.

«Nosotros tenemos este mandamiento de él» dice Juan. Este versículo nos lleva de manera extraordinaria a la santa ley de Dios, haciéndonos saber que quien cumple esta orden, cumple toda la ley y por lo tanto estará en paz con Dios y con los hombres. El apóstol Pablo lo expresó con estas palabras: «No debáis a nadie nada, sino el amaros unos a otros, pues el que ama al prójimo ha cumplido la ley» (Romanos 13: 8). ¿Quieres ser un verdadero cumplidor de la ley de Dios? Ama a tu hermano. Sí, sí, al que te cae mal también.

¿Cuál es entonces el requerimiento que nos hace Dios? Que el que lo ama a él, debe amar también a su hermano. Fíjate bien en que este no es un mandamiento para todo el mundo, es para los que aman a Dios. Y es precisamente la obra de Dios en nuestras vidas la que nos enseña y ayuda a ser como él: amor.

Dios, quien nos amó, nos ama y nos amará por la eternidad, quiere vernos disfrutar por siempre del privilegio de reflejar y llevar a la acción su amor. ¿Aceptarás el reto?

El Dios que trajo esperanza y verdad

«Sabemos que el Hijo de Dios ha venido y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero» (1 Juan 5: 20).

Para los cristianos, la primera Carta de Juan es una fuente imprescindible a la que recurrir para saber cómo es Dios y de qué forma el conocimiento de Dios debe impactar nuestras vidas. Concretamente en 1 Juan 5: 20 vemos tres aspectos de Cristo.

El primero es que vino en carne a este mundo. Para nosotros, este es un evento que cambió la historia de nuestro planeta para siempre. La intervención directa de Dios en nuestro medio dice que el plan de salvación está en acción, y por lo tanto los seres humanos no hemos sido abandonados a nuestra suerte ni bajo el dominio del peligroso enemigo. Dios en persona vino a encargarse de nuestro rescate, y por eso hoy podemos hablar de esperanza.

El segundo es que Jesús nos ha dado el entendimiento necesario para que, si así lo deseamos, conozcamos al Dios verdadero. La ignorancia acerca del verdadero Dios es una realidad de terribles consecuencias para la humanidad, porque la solución a nuestro más grave problema, que es el pecado, pasa por conocer al Dios que nos salva del pecado y sus consecuencias. Por eso Jesús dijo que la vida eterna es conocer a Dios y a su Hijo Jesucristo (ver Juan 17: 3). Es este conocimiento el que trae aparejados todos los demás beneficios que incluye el plan de salvación. Juan dice que Cristo no solo vino a pagar la deuda del pecado, sino también para capacitar al ser humano otorgándole entendimiento para que pueda discernir entre lo verdadero y lo espurio, entre Dios y Satanás. Desde que Jesús vino a este mundo, las tinieblas de la ignorancia y el error ya no reinan, porque a todo el que él quiere, Cristo lo alumbra con la verdadera sabiduría.

El tercero es que el verdadero Dios es aquel a quien podemos conocer a través de Jesucristo. Una vez que conocemos la verdad y el camino para llegar a esa verdad, esto, sin duda, nos llevará a la vida. No tenemos que ser engañados por ídolos que intenten ocupar el lugar de Dios en nuestras vidas, porque ya estamos con el verdadero Dios: Jesucristo.

Dice Juan que «sabemos», es decir, que las personas que hemos nacido de nuevo no tenemos duda de la obra de Cristo, pues hemos sentido su perdón y su amor. La diferencia que esto ha marcado en nuestra vida traerá esperanza a otros también.

El Dios que no nos deja caer

«El Dios único, Salvador nuestro,
tiene poder para cuidar de que ustedes no caigan [...]»
(Judas 1: 24, DHH).

La Epístola de Judas termina con una de las doxologías —alabanzas a Dios— más impresionantes de toda la Biblia. Echemos un vistazo a este maravilloso pasaje, para comenzar nuestro día de hoy dando gloria al Señor.

El versículo 24 es el que da inicio a la alabanza, dedicándola al Dios que «tiene poder para cuidar de que ustedes no caigan». La Biblia menciona de manera recurrente el hecho de que Dios es poderoso. Por ejemplo, el apóstol Pablo escribe también una doxología final a Romanos 16, en la cual hace referencia al Dios que tiene poder para fortalecernos (vers. 25). Este Dios poderoso que puede guardarnos sin caída era lo que necesitaban los creyentes a quienes Judas se dirigía, y que tenían que enfrentar a falsos maestros, doctrinas y movimientos disidentes que amenazaban la fe de muchos y la unidad de la iglesia. Por supuesto, el Dios que tiene poder para guardarnos sin caída es también el que necesitamos hoy para enfrentar nuestros desafíos de fe; para que no neguemos nuestra fe por causa de conveniencias, persecuciones, o por cualquier otra razón que la ponga a prueba.

Judas nos recuerda que, mientras caminemos con Dios, estaremos seguros, por muy peligrosos o resbaladizos que puedan resultar algunos tramos del camino. Como bien afirma el Salmo 121, Dios no dará nuestro pie al resbaladero ni se dormirá, sino que constantemente nos estará guardando para que no caigamos. Al darnos este retrato de Dios, es el propósito del Espíritu Santo recordarnos que el cristianismo no es la experiencia de personas fuertes que tienen la capacidad de avanzar por sí mismas en cualquier tipo de sendero sin caer ni lastimarse; por el contrario, el cristianismo es la experiencia de personas que vienen de muchas caídas y saben que, de seguir solos, seguirían cayendo y en peligro de perderse. Por eso se aferran a un Dios que es poderoso para guardarlos constantemente.

El Dios poderoso nos recuerda que no tenemos que demostrar que somos fuertes, sino estar dispuestos a depender de *su* poder. No tenemos que vivir aparentando que no hemos caído o que nunca nos va a pasar, sino que vivimos conscientes de que la única posibilidad de mantenernos sin caer consiste en agarrarnos con firmeza de él. No lo olvides: caminando con Dios no caeremos en el error ni la apostasía, porque él es poderoso para cuidar de que no caigamos. Alabado sea Dios por ello.

Dios nos limpia del pecado y nos quita el temor

«[...] y presentaros sin mancha delante de su gloria
con gran alegría» (Judas 1: 24).

No hay nada como sentirse limpio y seguro ante alguien que es importante para nosotros. Arreglarnos para estar presentables es una muestra de respeto a esa persona. Pues bien, la Carta de Judas retrata a nuestro Padre como aquel que se preocupa por presentarnos sin mancha ante quien debería ser el ser más importante para nosotros: Dios.

Qué gran poder el de Dios, que puede presentar sin manchas a personas que nacemos y vivimos con la horrible mancha del pecado. Es él quien nos capacita para que podamos encontrarnos algún día en su presencia sin sentir temor, sin tener nada de lo que avergonzarnos, pues él se ha encargado de limpiarnos y ponernos presentables. Lejos de escondernos, como hicieron nuestros primeros padres tras el pecado, nosotros podremos presentarnos ante su gloria. ¿Cómo no sentir gran alegría ante tal privilegio?

Esta vislumbre del carácter de Dios nos hace pensar en la inmensidad de su gracia. Se trata de un poder único en todo el universo, que puede hacer que personas que se someten a él vean sus vidas convertidas en una ofrenda perfecta para Dios. La idea de presentarnos sin mancha delante de Dios es una figura que está tomada del ámbito de los sacrificios que se realizaban en el santuario terrenal en tiempos del Antiguo Testamento. Nos lleva a pensar en los animales que, por no tener defectos ni manchas, eran idóneos para ser presentados a Dios en sacrificio, como símbolos del único que es sin pecado y sin mancha.

En el caso de los seres humanos, no hay nadie que sea perfecto y sin mancha; es por pura gracia de Dios que podremos presentarnos ante él. No hay nadie que haga lo bueno; ni siquiera hay quien busque a Dios. No hay justo ni aun uno, porque todos nos hemos desviado (ver Romanos 3: 10-12). A pesar de ello, el poder de Dios es suficiente para presentarnos delante de su gloriosa presencia sin mancha. Esto es algo inaudito y nos confirma en la creencia de que no hay nada que Dios no pueda arreglar en nuestras vidas.

¿Lo has leído bien? No hay nada que Dios no pueda arreglar en tu vida. Y, además, te está anunciando que la restauración de la relación entre tú y él será completa algún día. Este es un anuncio anticipado de la derrota del pecado y de sus consecuencias. ¡Bendito sea el Dios que tiene poder para hacer que experimentemos algo así!

Un Dios a quien la muerte no pudo sujetar

«Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su gran misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos» (1 Pedro 1: 3).

Uno de los grandes anuncios del evangelio es la resurrección de Cristo. La noticia de que la muerte no pudo retener al Hijo de Dios en las entrañas del sepulcro es la coronación de toda la obra que Jesús vino a realizar en esta tierra. Este portentoso hecho nos enseña importantes lecciones acerca de nuestro Dios y de lo que está haciendo por y en nosotros.

El apóstol Pedro hace notar que la resurrección de Cristo hizo posible el cumplimiento de dos cuestiones trascendentales, que forman parte del plan de Dios para sus hijos: el nuevo nacimiento y la esperanza.

Debido a la resurrección de Cristo, sabemos que es posible para nosotros experimentar un nuevo nacimiento. Su resurrección es la garantía de que existe un poder capaz de darnos una vida nueva, en la cual el pecado no sea el poder supremo. De la misma forma en que la resurrección trajo a la vida al Cristo que murió por nuestros pecados, su poder traerá a una nueva vida a todos aquellos que, muriendo al pecado, lo aceptemos como nuestro Salvador. Esto es tan real y trascendental que el mismo Jesús afirmó: «El que no nace de nuevo no puede ver el reino de Dios» (Juan 3: 3). El nuevo nacimiento queda simbolizado en la ceremonia del bautismo, en la cual celebramos públicamente la muerte al pecado, el poder de la resurrección para nuestras vidas, y la entrada a una nueva vida en Cristo Jesús.

Debido a la resurrección de Cristo, tenemos una esperanza viva. «Viva» no solo porque el que nos da esta esperanza está vivo para siempre, sino porque nos asegura que, por ese mismo poder, el que cree en Cristo, aunque esté muerto, vivirá (Juan 11: 25). ¿Qué sería del cristiano sin la esperanza? Antes del nuevo nacimiento estábamos sin Cristo, sin esperanza y sin Dios en el mundo (ver Efesios 2: 12); ahora, con Cristo y gracias a su resurrección, la esperanza nos permite soportar los golpes de la vida, sabiendo que hay otra vida mejor después de esta.

La resurrección de Cristo fue un evento que cambió la historia, cambió la vida de sus seguidores y el rumbo del movimiento que luego se conocería como cristianismo. Y de la misma manera cambia nuestras vidas hoy, porque las hace nuevas y les añade la esperanza. ¡Bendito Dios!

https://vidakristiana.blogspot.com/

El Dios que se autorrevela

«Cosas que ojo no vio ni oído oyó [...] son las que Dios ha preparado para los que lo aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu, porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios» (1 Corintios 2: 9-10).

El Espíritu Santo nos ayuda a comprender la naturaleza de Dios porque él es Dios, y «solamente el Espíritu de Dios sabe lo que hay en Dios» (1 Corintios 2: 11, DHH). Ningún ser humano puede llegar a entender quién es Dios a menos que Dios mismo se lo revele, ayudándole a vislumbrar las verdades espirituales que no puede captar a través de los sentidos (la vista o el oído). Fuera del Espíritu Santo, no existe otro recurso ni otro método que nos permita entender al ser infinito. Es el Espíritu quien nos ayuda a encontrar, en Dios, sentido y propósito a la existencia; a vivir, en Dios, con fe; y a ser capaces de someternos voluntariamente a la dirección divina.

Gracias al Espíritu podemos comprender algo de la forma en que Dios actúa, o de lo que podríamos llamar «los caminos de Dios». Nosotros necesitamos esta ayuda, porque los caminos de Dios no son nuestros caminos; sus pensamientos no son nuestros pensamientos; todo lo suyo es infinitamente más elevado que lo nuestro. No son pocos los que, ignorando los planes de Dios para su vida o su ministerio, terminan declarando lo que suponen que es el propósito divino, cuando no es más que una declaración de sus propios planes y deseos. No es posible que, siguiendo un plan personal, lleguemos a entender los propósitos de un ser que conoce el futuro, que no ignora nada del pasado y que además es todopoderoso. Por eso, en su misericordia, nos revela sus intenciones por medio del Espíritu Santo.

Para poder relacionarnos con otras personas, necesitamos comprender cómo actuamos los seres humanos. Muchos matrimonios, amistades y relaciones laborales se tensan o se rompen por falta de comprensión entre las partes. A veces, hasta nuestros seres más cercanos hacen algo que nos deja preguntándonos: «¿Qué estará pensando? ¿Por qué actúa de esa forma?». Pues bien, conocedor de este rasgo de nuestra naturaleza, Dios se nos da a conocer para que podamos comprenderlo y tener con él una relación que no se rompa, sino que se profundice con el tiempo.

Por nuestros propios medios, nunca descubriríamos los propósitos ni las intenciones de Dios, pero Dios desciende a nuestro nivel y nos los revela. Que en este día seas bienaventurado al mantener tal relación de amor con Dios que te permita recibir su autorrevelación.

El Dios que ama incondicionalmente

***«Dios muestra su amor para con nosotros,
en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros»
(Romanos 5: 8).***

Si hay algo seguro en este mundo, algo que está más allá de toda duda razonable, es el amor de Dios por nosotros. Su amor no tiene límites ni necesita nada por nuestra parte que lo justifique.

En la experiencia humana, el acto de amar ocurre en un contexto que lo justifica. Así, por ejemplo, el hombre ama a la mujer por su belleza, su ternura, su comprensión o por la forma en que le hace sentir consigo mismo; y la mujer ama al hombre porque él la valora, la protege, la afirma o le dice lo que necesita oír. Los padres aman a sus hijos porque los llenan de gozo, son obedientes o los hacen sentirse realizados; los hijos aman a sus padres porque les proveen seguridad y todo lo material que necesitan. En toda expresión humana del amor hay una justificación. Sin embargo, el amor de Dios rompe este patrón.

Lo inexplicable del amor de Dios por nosotros es que ocurre en un contexto que no tiene justificación, que nos deja perplejos e incapaces de entender por qué nos ama tanto. El mismo Pablo reconoce que tal vez alguien decida morir por alguna persona buena, pero dar la vida por alguien que es malo, que hizo lo malo, que merece morir, eso no tiene justificación (ver Romanos 5: 7). Pues bien, esta es la manera como Dios ha mostrado su amor para con nosotros. No es que nos trató con simpatía porque éramos dignos de simpatía; no es que abogó para que nos dieran otra oportunidad porque éramos merecedores de otra oportunidad; no es que dejó las puertas de su casa abiertas para nosotros porque nosotros las teníamos abiertas para él; es que, siendo nosotros malos, habiéndonos rebelado en su contra, habiendo pecado abiertamente, habiéndonos alejado para escondernos de él y mereciendo todo el mal que pudiera sobrevenirnos, Dios decidió morir por nosotros para que seamos salvos. Se mostró amigo cuando nosotros éramos aún sus «enemigos» (vers. 10), cuando no habíamos cambiado nuestra forma de pensar acerca de él, cuando no nos habíamos comprometido a ser agradecidos, obedientes o a tener una actitud digna de él.

Dios mostró su amor por ti sin esperar a que tú hicieras algo que justificara su amor. Ahora, ¿qué harás con un amor así? ¿Seguirás buscando razones en Dios y en los demás que justifiquen tu amor, o le amarás, tanto a él como a tus prójimos?

El Dios que nos reaviva

***«Si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús está en vosotros,
el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos
mortales por su Espíritu que mora en vosotros»
(Romanos 8: 11).***

La extraordinaria noticia de la resurrección de Cristo no solo representa la derrota literal del poder de la muerte en el futuro (es decir, no solo es la garantía de que los que creen en Cristo, aunque mueran, volverán a vivir), sino que también tiene implicaciones para nuestro crecimiento y triunfo espirituales aquí y ahora.

Lo que nos dice el apóstol Pablo en el texto de hoy es que Dios está listo para poner en acción el mismo poder que obró en la resurrección de Cristo, con el propósito de hacer revivir todo aspecto de nuestra espiritualidad que esté muerto ahora mismo. Por medio de su Santo Espíritu, que mora en nosotros por haber aceptado a Cristo como Señor y Salvador, se obrará una vivificación total en nuestro ser. En otras palabras: Dios no solo nos volverá a la vida después de que muramos físicamente, en el día de la resurrección, sino que es su plan reavivarnos ahora mismo por medio de la obra del Espíritu Santo en nuestro interior. Este es el único, verdadero y auténtico reavivamiento espiritual del que tanto se habla hoy día. ¡¿Y qué creyente no necesita un reavivamiento espiritual hoy, ahora?!

Debido a esta decisión de Dios de usar su poder ilimitado para poner en nosotros vida espiritual, todo creyente puede crecer en su experiencia con Dios. Nadie tiene que permanecer esclavizado por un pecado, un mal hábito, o por los ataques directos del propio Satanás. Tal vez hoy estamos muertos espiritualmente, pero no tenemos que permanecer así. Si le entregamos nuestra vida a Cristo, él envía a su Espíritu para que more en nosotros, trayendo consigo el mismo poder que levantó a Cristo de los muertos. No hay ningún aspecto de tu vida que, bajo el control del Espíritu Santo, no pueda ser vivificado. Tu tarea más importante es asegurarte de mantenerte en Cristo cada día, para que su Espíritu obre en ti. Esto es vivir en el Espíritu, y no en la carne.

El cristianismo no es la religión de un grupo de personas que desean amar y servir a Dios pero no pueden, debido al pecado que se ha enseñoreado de ellos. El cristianismo es la religión de un grupo de personas que han sido perdonadas, limpiadas y aceptadas por Dios, y en las que el propio Dios mora permanentemente para darles vida espiritual abundante y creciente. ¡Alabado sea Dios!

El Dios que nunca abandona a sus hijos

***«Estoy seguro de que ni la muerte ni la vida,
ni ángeles ni principados ni potestades, ni lo presente ni lo porvenir,
ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar
del amor de Dios, que es en Cristo Jesús, Señor nuestro» (Romanos 8: 38-39).***

¡Qué retrato tan completo del amor de Dios! Nada puede hacer que deje de amarnos. Dios nos ama a pesar de nosotros; a pesar del pecado; a pesar de todo lo que hace Satanás para acusarnos ante él, a ver si se desanima y nos abandona. Dios no solo nos ama, sino que está abiertamente de parte de nosotros. Muy lejos de andar buscando razones para abandonarnos, Dios está listo a dar las explicaciones necesarias para justificarnos, pagar las deudas que puedan aparecer contra nosotros, y defendernos de toda acusación. Me fascina este cuadro de un Dios totalmente parcializado con nosotros, sus hijos. Y «si Dios está de parte nuestra, ¿quién podrá estar contra nosotros?» (Romanos 8: 31, NBV).

¿Y qué pasa si nos falta algo?, tal vez te estés preguntando. Pablo te responde: «Ya Dios entregó a su Hijo para que muriera por ti, ¿cómo no te dará con él todas las demás cosas que necesitas?» (ver vers. 33). *¿Y si Satanás me acusa ante Dios y presenta mis faltas en público?*, tal vez es tu temor. Pablo te responde: «Puedes estar tranquilo, porque Dios es el que justifica» (ver vers. 33). En otras palabras, el problema del enemigo no es probar que nosotros somos pecadores, eso lo sabe todo el universo; lo que él tiene que probar es que Dios no tiene justicia o méritos suficientes para tratarnos como si fuésemos justos. *¿Y si el enemigo quiere pedir que se cumpla la ley y yo sea condenado?*, puede ser otra duda tuya. Pablo la disipa: «Ya Cristo murió por nosotros pagando esa deuda de la ley, y ahora está a la derecha del Padre, pendiente de que su victoria te sea imputada». *¿Y si la vida me arroja tribulación, angustia, persecución, hambre o desnudez, quedaré apartado del amor de Dios?* Pablo te dice: «Tranquilo, de todo eso saldrás vencedor en Cristo».

¿Estás tú, al igual que Pablo, seguro de todo esto? ¿Tienes la convicción de que nada te podrá separar del amor de Dios?

Nada, ni los poderes de este mundo, ni los de fuera de este mundo; ni los problemas presentes ni los miedos al futuro; nada te puede separar del amor de Dios. Ese amor que pone al Padre, al Hijo y al Espíritu a obrar en favor de tu salvación.

Dios es generoso

***«¿Quién le dio a él primero, para que le fuera recompensado?
Porque de él, y por él y para él son todas las cosas.
A él sea la gloria por los siglos. Amén»
(Romanos 11: 35-36).***

El pasaje de hoy contiene un retrato de Dios que nos ayuda a relacionarnos con él, con los demás y con las cosas materiales, de manera más adecuada. Aquí Pablo nos dice que no hay nada que hayamos recibido de Dios que pueda ser visto como una recompensa por obras o merecimientos nuestros. Todo lo que el Señor nos da es por su gracia, por su generosidad abundante, por el amor que nos tiene, sin merecimiento alguno por nuestra parte. Dios no nos debe nada. Si de alguna manera aún conservamos la idea de que podemos hacer algo para que él se sienta en deuda con nosotros u obligado a concedernos algún favor, este pasaje debería ser suficiente para abandonarla.

Me gusta mucho la filosofía de vida cristiana que se desprende de las palabras del apóstol.

Todas las cosas son de Dios. Eso significa que Dios comparte con nosotros el uso y disfrute de todo, pero no somos dueños de nada. Somos apenas usufructuarios y mayordomos. Con este concepto en mente hemos de relacionarnos con lo material con agradecimiento, humildad y responsabilidad, sin caer en el engaño del materialismo.

Todas las cosas existen por él, es decir, existen porque él las creó. Tendemos a sentirnos dueños de las cosas que compramos, que ganamos o que nos regalan, aun cuando no tenemos nada que ver con su existencia. Hemos de entender que, aun si se trata de algo que hemos comprado, hemos ganado, o nos han regalado, Dios sigue siendo el dueño, porque él lo creó. Eso significa que no podemos darle nada a Dios que no sea suyo; lo único que tiene sentido ofrecerle es adoración y alabanza por su generosidad para con nosotros.

Todo existe para él, es decir, para que se cumpla su voluntad. La voluntad de Dios es la salvación del ser humano, para la cual estableció un plan, también fruto de su generosidad. Nuestra relación con todas las personas y los objetos que nos rodean debería estar marcada por la convicción de que el sentido de todo es la salvación del ser humano.

La parte que nos toca es aprender a relacionarnos con objetos y personas de tal modo que la gloria sea para Dios y la meta sea la salvación, tanto la nuestra como la de los demás. Así como nuestro Dios es generoso, seamos nosotros generosos.

Solo Dios puede vengar con justicia

«No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios; porque escrito está: "Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor"» (Romanos 12: 19).

Vengarse es un instinto humano. Consiste en responder a una ofensa o daño recibido con otro mal. La venganza, como sabemos, no está en sintonía con los principios del evangelio, que promueve el perdón y el amor a los enemigos (ver las palabras de Jesús sobre la venganza en Mateo 5: 38-48).

Hay una razón poderosa por la cual Dios nos pide que dejemos la venganza en sus manos, y es que lo que nosotros llamamos venganza perpetúa el mal. La forma en que vengamos el daño que nos hicieron es haciendo más daño, por lo que vengarse es dar nueva vida al mal. El plan de Dios es precisamente lo contrario: erradicar el mal de este mundo. Cuando acariciamos la venganza en nuestra mente, estamos dando lugar al diablo (ver Efesios 4: 26-27), que no solo es el enemigo de las almas, sino el archienemigo de Dios.

Buscar venganza es abrir una puerta a que las personas que dañamos se sientan con derecho a volverse a vengar, y de esa manera mantenemos un círculo vicioso del mal. Dios quiere liberarnos de esas cadenas, por lo que nos recuerda que el único que puede ejecutar venganza es él. ¿Por qué? Porque él no tiene que perjudicar a nadie para llevar a cabo su «venganza», basta con que permita que cada quien coseche lo que ha sembrado; porque solo él es perfecto, por tanto, capacitado para juzgar sin equivocación y haciendo verdadera justicia a todas las partes; porque él ama a todos, no se ve cegado por el odio, lo cual le permite actuar con propósito de salvación y redención.

La venganza de Dios elimina el mal, no lo perpetúa; la venganza de Dios acaba con el odio, no lo aviva; la venganza de Dios es un pago, no un desquite. Refrenarnos de la venganza es vivir por fe en Dios, confiando plenamente en que él sabe lo que hace. El justo vivirá por la fe, dice Romanos 1: 17, y no por las emociones y los sentimientos. Por eso, «no devolváis mal por mal, ni maldición por maldición, sino por el contrario, bendiciendo, sabiendo que fuisteis llamados a heredar bendición» (1 Pedro 3: 9).

«Que ninguno pague a otro mal por mal, antes seguid siempre lo bueno unos para con otros y para con todos» (1 Tesalonicenses 5: 15). Dejemos lugar a Dios, el único que sabe actuar con justicia.

Un Dios que promueve la paz

«Sométase toda persona a las autoridades superiores, porque no hay autoridad que no provenga de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas» (Romanos 13: 1).

El texto de hoy hace surgir un nítido retrato de un Dios que ha provisto a los seres humanos principios de vida que nos permiten convivir en paz y mutua comprensión. Los principios implicados aquí son la sumisión a la autoridad y el uso correcto de la misma. Estos principios, bien entendidos y practicados, son la base del entendimiento y la paz en el hogar, en la iglesia, en las instituciones y las empresas, y en la sociedad en general.

El Señor es un Dios de orden, y para garantizar ese orden en un mundo habitado por personas con problemas de egoísmo, orgullo y rebeldía, ha establecido ciertos poderes o autoridades. Esto significa que ha permitido a determinadas personas ostentar autoridad sobre otras, con el propósito de que procuren el bien común, eviten la supremacía de la maldad, y protejan y defiendan a la gente de bien y a los necesitados. Para que este plan de Dios funcione, es necesario que todos estemos dispuestos a someternos a las autoridades debidamente constituidas. Este es un mandato de Dios que está en sintonía con la forma en que él quiere que vivamos. Obviamente, no tiene nada que ver con someterse a personas que, habiendo usurpado el poder, lo usan para despropósitos originados en sus mentes desequilibradas, muchas veces contrarios a las leyes de Dios. La obediencia a la ley de Dios es superior a todo otro tipo de obediencia.

Las autoridades, para ser auténticas y dignas de respeto, deben ser debidamente establecidas y dedicadas a construir el bien común. A estas autoridades Dios espera que nos sometamos. Los cristianos no debemos ser irrespetuosos ni tener problemas para reconocer a las personas que dirigen. Esos problemas los tienen los que son guiados por el enemigo, que se rebeló contra la autoridad de Dios en el mismo cielo y desde entonces promueve el anarquismo y el desorden. Por eso es que el irrespeto, la rebeldía y la delincuencia son tan comunes. Y por eso Dios nos pide a sus hijos que vivamos guiados por principios mucho más elevados.

¿Cómo serían el mundo, los hogares, las instituciones, las empresas y las iglesias, si todos, dirigentes y dirigidos, siguiéramos este plan trazado por Dios? Vivamos «como libres, pero no como los que tienen la libertad como pretexto para hacer lo malo, sino como siervos de Dios. Honrad a todos. Amad a los hermanos. Temed a Dios. Honrad al rey» (1 Pedro 2: 16-17).

El Dios de la paciencia y la consolación

«El Dios de la paciencia y de la consolación os dé entre vosotros un mismo sentir según Cristo Jesús» (Romanos 15: 5).

La Biblia enseña que Dios es paciente (ver Éxodo 34: 6; Romanos 2: 4; 2 Pedro 3: 9). Esto quiere decir que Dios tiene capacidad para esperar sin desesperarse; para soportar y padecer sin alterarse; que es tolerante con nuestros errores; y que no se acelera a la hora de actuar. No sé tú, pero yo estoy muy agradecido por eso; es uno de los retratos de Dios que más me impactan.

La Biblia también enseña que Dios es la fuente de la paciencia. ¡Esta noticia me gusta más aún que la primera! ¿Por qué? Porque no solo necesitamos a un Dios que sea paciente con nosotros, sino que también necesitamos nosotros desarrollar paciencia, lo cual no nos es natural. La paciencia es un fruto del Espíritu (ver Gálatas 5: 22), y si no estamos en contacto diario con el Espíritu de Dios, terminamos cometiendo muchísimos errores (ofensas, intolerancia, pleitos, discusiones) cuyo origen está en nuestra impaciencia.

Dios, el originador de la paciencia, nos da la capacidad de sufrir y tolerar las adversidades de la vida y de las relaciones humanas, con valor y sin quejarnos. En él encontramos fuerza para esperar con tranquilidad lo que nos ha prometido. Gracias a él podemos detenernos a hacer una oración antes de actuar, y evitar así una aceleración de consecuencias desastrosas. Un Dios que es paciente y que al mismo tiempo nos da paciencia es exactamente lo que necesitamos.

Qué interesante que Pablo ponga, en el mismo retrato de la paciencia de Dios, el retrato de su consolación. Dios es el Dios de la paciencia y también de la consolación; para mí, esto tiene todo el sentido del mundo, puesto que, en mi experiencia, muchas veces he cometido errores por falta de paciencia y después he sentido la necesidad de ser consolado del fracaso o el dolor que esa impaciencia me produjo. La consolación de Dios es esa ayuda que nos permite disminuir la intensidad de los sentimientos de culpa. Es un consuelo que llega justo a tiempo. La vida cristiana sería un permanente martirio si Dios no supiera consolarnos.

¿Qué tal si intentamos ser más pacientes con nuestro cónyuge, nuestros hijos, nuestros compañeros de trabajo, nuestros hermanos de iglesia y con todas las personas con quienes nos relacionamos? Recordando cuánta paciencia tiene Dios con nosotros, ¿qué tal si la aplicamos a nuestras relaciones y, además, estamos pendientes de llevar consolación a alguien para disminuir su dolor?

Dios es bueno

«Dios mío, tú eres bueno y siempre actúas con justicia» (Salmo 25: 8, TLA).

La palabra «bueno» se ha ido desvirtuando con el tiempo. Así, hoy en día llamamos «bueno/a» a cosas que son clara y abiertamente malas. Por ejemplo, ves que alguien dice «¡Qué comida tan buena!», aunque a todas luces es dañina; o los papás decimos que nuestros hijos son «buenos», aunque vemos cada día su egoísmo y su orgullo. Y así, podríamos hacer una larga lista de cosas que nos parecen «buenas» pero que, en realidad, son malas.

No quiero que, tras leer este primer párrafo de la reflexión de hoy, te desanimes, sino todo lo contrario. Vengo a decirte que lo bueno, lo bueno de verdad, sí existe, y es una persona. Y lo mejor de todo es que no lo digo yo, lo dice la Biblia. El único realmente bueno es Dios. Toda bondad viene de él, se origina en él (ver Gálatas 5: 22). Por falta de conocimiento de Dios y de comunión con él es que llamamos a menudo «bueno» a lo malo.

Ahora bien, que Dios sea bueno no significa que todo lo que haga nos guste. Como adultos, no podemos cometer el error que comenten los niños, para quienes papá solo es bueno si les da lo que le piden y les concede lo que desean. En el caso de nuestro Padre celestial, su bondad no se muestra en si complace o no nuestras peticiones. Dios es bueno porque, aunque nos sucedan cosas que no nos gusten o no nos conceda lo que le pedimos, todo lo que él hace está motivado por el amor y es siempre para nuestro bien (ver Romanos 8: 28).

Dios es bueno y nos trata con bondad incluso en los momentos en que nos parece que nos trata con dureza. Nos cuesta creerlo, pero la bondad de Dios va asociada a su rectitud. De hecho, una persona que no sea recta y justa no puede ser buena. La bondad de Dios nos garantiza su imparcialidad, nos asegura que todos tenemos el mismo acceso a él y que recibiremos la misma misericordia, el mismo perdón, el mismo amor. Porque Dios es bueno podemos hablar de una oportunidad de salvación para nosotros, porque fue esa bondad la que impulsó su plan de rescate en nuestro favor.

Uno de los aspectos cruciales de la bondad de Dios es que esa bondad es lo que nos guía al arrepentimiento, «¿o tienes en poco las riquezas de su bondad, tolerancia y paciencia, ignorando que la bondad de Dios te guía al arrepentimiento?» (Romanos 2: 4, LBLA).

Más que un padre terrenal

«Aunque mi padre y mi madre me dejen, con todo, Jehová me recogerá» (Salmo 27: 10).

En el retrato de Dios que nos presenta el versículo de hoy, puedo ver la seguridad del amor que el Padre celestial tiene por mí, al compararlo con el amor de unos padres terrenales. Parece una exageración, una verdadera situación extrema, pensar que un padre o una madre terrenales nos puedan dejar, pero eso puede suceder de diversas formas.

Yo soy dichoso de tener a mi madre conmigo y de contar con maravillosos recuerdos de momentos en los que ella ha estado ahí para acompañarme; sin embargo, mi padre me «dejó» hace años, en el sentido de que murió. Lo recuerdo como un hombre bueno, amable conmigo y que me dio muy buenos consejos. Cuando tuve mi propia familia y comencé a trabajar, él se llenaba de felicidad cada vez que le contaba algo bueno que me hubiera sucedido. Pero ya no está, su vida terminó, me «dejó» en este mundo sin su aprecio, sin su ayuda y sin su poder de afirmación. Si tú, al igual que yo, has perdido por causa de la muerte a uno de tus padres, es bueno que recuerdes que un Dios vivo te recibe como hijo adoptivo, y que está dispuesto a llenar ese vacío con un amor sin fin.

También hay padres que, aunque no han muerto, están ausentes; han «dejado» a sus hijos sin su presencia física o emocional. Por eso a muchos les toca transitar solos el camino de la vida, la experiencia de la fe, el desafío de suplir sus propias necesidades y la delicada tarea de proponerse y proseguir metas que le den un sentido de propósito a la vida. Si ese es tu caso, si tu padre o tu madre te «dejaron» en este sentido, recuerda que hay un Dios siempre presente, que te recoge y te guía con sus principios y su amor.

El énfasis del salmista no son los padres humanos que «dejan», sino el Padre divino que «recoge» a los hijos que han sido abandonados, a los que sienten que están solos. Lo maravilloso de este retrato es lo inmenso que aparece aquí el amor de Dios. Es un amor seguro, sin posibilidad de que se agote o se dé por vencido. No hay circunstancia que haga que Dios nos deje de amar. Su amor es obstinado, indetenible, inexplicable. Es mucho más grande que el amor de nuestros padres.

Si somos capaces de amar a los padres que hemos tenido en este mundo, mucho más debemos amar al Padre que nos recoge y nunca nos abandona.

Dios: nuestro maestro y guía

«Te haré entender y te enseñaré el camino en que debes andar; sobre ti fijaré mis ojos» (Salmo 32: 8).

Dios se ha comprometido a darnos entendimiento y a ser nuestro maestro en el arte de saber vivir con sentido y propósito. Pero, en una época en que creemos saberlo todo y tener claro el camino que queremos seguir, la idea de un Dios que nos quiere «hacer entender» y «marcar un camino» puede parecernos extraña, cuando menos restrictiva de nuestra libertad. La cultura promueve la independencia, la autosuficiencia y el individualismo, dificultándonos así el darnos cuenta de que necesitamos un maestro que nos muestre en qué consiste la vida.

El apóstol Pablo señala sin ambages que «no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno» (ver Romanos 3: 1-12). Esta es la triste condición humana, aunque no sea lo que nos dicen los medios. Esta separación de Dios nos ha llevado a quedar bajo el dominio de una mente «desviada», que nos hace hacer cosas que ofenden a Dios, nos dañan a nosotros y perjudican a quienes nos rodean (ver Romanos 1: 18- 32). Así que vivimos una realidad en nuestras mentes que no es más que una fantasía producto de nuestra separación de Dios. Desconocemos lo verdadero, no entendemos lo esencial, no sabemos cuál es el camino para llegar a Dios, la fuente de poder, sabiduría y felicidad. Visualizamos la religión como si se tratara de una lista de cosas que debemos hacer para agradar a Dios; cuando la religión es la obra de restauración que Dios quiere hacer en y por nosotros.

Con mucha paciencia, el gran Maestro nos ayuda a entender los valores de su reino, para que nos vayamos dando cuenta de cuán equivocados estamos. Cada día, a través de su Palabra, de la naturaleza, de las relaciones interpersonales y de las diversas circunstancias que enfrentamos, Dios nos está enseñando todo lo que necesitamos saber para que él pueda volver a restaurar su imagen en nosotros. Y lo hace en forma personal, constante e ininterrumpida. ¿Nos dejaremos guiar y enseñar, como alumnos aplicados de la escuela de la vida?

Dios no delegó en nadie la tarea de re-crearte espiritualmente; es él mismo quien fija sus ojos en ti para ser tu maestro. Sal y vive este día como quien quiere aprender de Dios, como quien tiene la certeza de que Dios te mira fijamente, para enseñarte a vivir.

Un Dios fiel

https://vidakristiana.blogspot.com/

«Recta es la palabra de Jehová
y toda su obra es hecha con fidelidad»
(Salmo 33: 4).

Las referencias a la fidelidad de Dios son constantes en las Sagradas Escrituras. La fidelidad no es una actitud o un comportamiento que Dios asume en determinadas circunstancias o con ciertas personas, sino que forma parte de la esencia misma del carácter divino. La Biblia dice claramente que «fiel es el Señor» (2 Tesalonicenses 3: 3). Todo lo que Dios hace, dice o promete, lleva el sello de su fidelidad; todos sus atributos se manifiestan en su esencia de amor, santidad y fidelidad.

Contemplar el retrato de Dios como un ser fiel tiene importantes implicaciones para nosotros. En primer lugar, nos da la certeza de que él nunca cambiará, de que siempre será como es, porque ese es su carácter: amoroso, santo, perdonador, verdadero..., fiel. La Palabra dice que en él «no hay mudanza ni sombra de variación» (Santiago 1: 17). Es por completo inconcebible que el Dios de la Biblia esté sujeto a cambios caprichosos de humor, de sentimientos o de ideas, como lo estaban los dioses paganos, a los que había que apaciguar. Nuestro Dios «es el mismo ayer, hoy y por los siglos» (Hebreos 13: 8).

En segundo lugar, la fidelidad de Dios nos garantiza el cumplimiento de cada una de sus promesas. Si bien los seres humanos prometemos cosas que a veces no cumplimos porque hacerlo podría ir en contra de nuestros intereses personales, Dios no es así. «Dios no es hombre, para que mienta, ni hijo de hombre para que se arrepienta. ¿Acaso dice y no hace? ¿Acaso promete y no cumple?» (Números 23: 19). Dicen los eruditos que hay más de siete mil promesas divinas en la Biblia, y es maravilloso tener la seguridad de que todas son fieles y se cumplirán. «Todas las promesas de Dios son en él "sí", y en él "Amén"» (2 Corintios 1: 20).

Finalmente, la fidelidad de Dios es también su buena voluntad para las relaciones humanas. Fuimos creados a imagen de Dios y, por tanto, somos llamados a reflejar su carácter. La fidelidad sella las relaciones entre Dios y los hombres, pero también debe sellar las relaciones de los hombres entre sí. Porque Dios es fiel, nosotros debemos serlo también.

Tu fidelidad le agrada tanto a Dios, que te hace esta promesa: «¡Sé fiel hasta la muerte y yo te daré la corona de la vida!» (Apocalipsis 2: 10). ¿Qué decides? ¿Serás fiel al Dios cuya obra ha sido toda hecha con fidelidad?

Un Dios de misericordia

«Para siempre es su misericordia»
(Salmo 136: 1).

Tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, las Sagradas Escrituras hablan de lo misericordioso que es el Señor. Aunque no pocos piensan que la justicia y el juicio son los atributos que caracterizan por excelencia al Dios del Antiguo Pacto, en realidad el Antiguo Testamento enfatiza muchas veces más incluso que el Nuevo Testamento ese atributo de Dios que es la misericordia.

La misericordia divina es infinita e inagotable. No tiene principio ni fin, porque es un atributo de un ser eterno. Jamás ha ocurrido ni ocurrirá nada que pueda hacer que Dios deje de ser misericordioso. El salmista lo expresó en el Salmo 136, cuando cantó que «para siempre es su misericordia». Dios no será nunca más ni menos misericordioso de lo que ya es. Siendo como es fiel e inmutable, su misericordia nunca cambiará ni sufrirá disminución.

La misericordia divina es esa capacidad inagotable que tiene Dios de tratarnos siempre en forma compasiva. Esta capacidad ha entrado en acción debido a que Dios se compadece del problema que tenemos, de nuestra culpa por el pecado, y de los sufrimientos que experimentamos por vivir en un mundo caído.

De la misma manera que la justicia de Dios enfrenta la iniquidad en el juicio, la misericordia divina entra en acción para hacer posible que personas como nosotros, que fuimos rebeldes con Dios, que escogimos andar por el camino ancho que lleva a la perdición, que en otro tiempo andábamos conforme a la carne y no conforme al espíritu, terminemos, sin merecerlo, siendo aceptados en la comunión del cielo y disfrutando de las delicias eternas con Cristo.

«¡El fiel amor del Señor nunca se acaba! Sus misericordias jamás terminan» (Lamentaciones 3: 22, NTV), afirma el profeta Jeremías. Esto se debe a que es invariable su disposición a tratarnos favorablemente en todo momento y circunstancia, cada mañana que nos levantamos y salimos a la rutina diaria. Asimismo, el salmista nos recuerda que «llena está la tierra de la misericordia del Señor» (Salmo 33: 5, LBLA). Esto simplemente nos hace entender que, si no fuera por su misericordia, la existencia en este mundo sería un caos, y la esperanza no existiría.

Nunca lo olvides: todo lo que hemos sido, todo lo que somos y todo lo que llegaremos a ser en Cristo, se lo debemos a la infinita misericordia divina. Gracias, Señor, por este regalo inmerecido que se renueva cada mañana, permitiéndonos vivir confiados en ti.

Un Dios de palabra

«Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos; y todo el ejército de ellos, por el aliento de su boca» (Salmo 33: 6).

¿Cómo sería nuestra relación con un Dios al que no podemos ver si no tuviéramos acceso al conocimiento de su Palabra? «La fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios» (Romanos 10: 17), por lo tanto, no podemos tener una relación de fe con Dios si no conocemos su Palabra, confiamos en ella y permitimos que se convierta en nuestra referencia para la vida. ¿Cómo está tu hábito de lectura de la Biblia? ¿Cómo está de fuerte tu fe? ¿Ya te has detenido a hacer una asociación entre ambas realidades? ¿Cuál es la verdad que descubres sobre tu propio cristianismo cuando te detienes a reflexionar en esto? Sin un conocimiento de la Palabra de Dios y sin un respeto por ella, ¿será que existe el verdadero cristianismo?

Tal como afirma Romanos 10: 17, la fe no se produce en un vacío, sino que se asienta en un conocimiento sólido tanto de lo que Dios dice en su Palabra, como de Aquel que es la Palabra. Porque «en el principio la Palabra ya existía. La Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios» (Juan 1: 1, NTV). Conocer la palabra escrita y conocer a Aquel que es la Palabra es vital para tener una vida cristiana real.

El retrato de Dios que nos presenta el pasaje bíblico de hoy nos ayuda a entender la clave para una verdadera relación de fe con él. Aun cuando tendemos a relacionar más el concepto de ser cristianos con formar parte de una iglesia, con guardar un día de reposo o con identificarnos con el nombre de una denominación, en realidad el cristianismo se fundamenta en el hecho de conocer a una Persona, que es la Palabra, y de creer en el mensaje de esa Persona, que es la Palabra revelada, escrita para nuestra lectura devocional diaria. Este retrato de Dios y del poder de su palabra debiera animarnos a vivir el día de hoy con esperanza y seguridad.

- Esperanza de creer que, si la palabra de Dios creó de la nada todo lo que existe, puede también «crear» de la nada (de mi condición de pecador) una nueva criatura espiritual en Cristo.
- Seguridad de que, como hasta hoy nunca ha fallado ni ha dejado de cumplirse todo lo escrito en la Palabra de Dios, puedo escogerla como mi ancla y mi guía, mi apoyo y mi luz en todo momento y circunstancia.

El Dios que hace todo lo que quiere

«El plan de Jehová permanecerá para siempre» (Salmo 33: 11).

Hacer planes es habitual en nuestra experiencia personal y laboral. Vivimos haciendo planes. ¿Será que tienes una idea aproximada de la cantidad de planes que has hecho en tu vida? ¿Y de los que no pudiste cumplir? En tu trabajo, en tu entorno, en tu iglesia, ¿cuántos planes has visto ir y venir que nunca llegaron a buen fin? Así son los planes humanos; como dice el dicho, «el hombre propone, pero Dios dispone».

El texto de hoy afirma que el plan de Jehová permanecerá para siempre. ¿Qué nos enseña esto acerca de nuestro Dios? Lo primero y más evidente es que, aplicada a Dios, la palabra «plan» no tiene la misma connotación que cuando se aplica a nosotros. Nosotros planificamos en función de una serie de limitantes, como el tiempo del que disponemos, los recursos con los que contamos, o las personas y situaciones que pueden obstaculizarlos. Pero no es así como planifica Dios; ninguno de esos limitantes le afecta a él.

Aunque Dios actúa en nuestra historia, el tiempo es una medida humana que de ninguna forma limita a Dios, para quien un día son como mil años nuestros (ver 2 Pedro 3: 8). Siendo que Dios es la fuente de todos los recursos que existen, nada le falta para llevar a cabo sus planes. Y teniendo él poder para intervenir en vidas y situaciones, nada ni nadie puede obstaculizar sus propósitos. Dios sabe desde el principio lo que va a ocurrir, por tanto, lo apropiado es ver el plan de Dios como la decisión de Dios, y entender que, cuando él nos da a conocer su plan, lo que está es anunciando lo que va a ocurrir con certeza. En otras palabras: lo que él decidió, sucederá; esto es lo que nos da a entender el salmista.

El mayor plan que Dios nos ha comunicado es el de salvar a todo el que ponga su fe en Cristo. Es probable que muchas veces hayas planificado ser un mejor cristiano o vencer algún mal hábito y no lo hayas logrado, pero no cometas el error de pensar que Dios cambia de planes o los deja inconclusos: él quiere salvarte y ha provisto los medios para que así sea. Tu salvación no es un plan humano que tal vez funcione o tal vez no; tu salvación es una decisión de Dios que, como todo lo que él decide y anuncia, se cumplirá si crees en el Hijo. Sabiendo esto, a dondequiera que vayas hoy, vive y actúa como alguien que, en Cristo, está seguro de su salvación.